

LA NUBE  
QUE NUNCA  
SE FUE



Érase una vez, una niña llamada Marta, que con tan solo siete años perdió a la persona que más quería del mundo, su abuelo. Ella solía salir a pasear por la playa todas las mañanas junto a él, hacían rutas de senderismo juntos, montaban en bici... Sin embargo, aquellos momentos llenos de risas y conversaciones infinitas, quedaron guardados solo en su memoria.





Su pérdida fue muy trágica para Marta. No solo perdió a su abuelo, sino también a su mejor amigo. Él fue quien le enseñó sus recetas favoritas y le contó sus cuentos preferidos. La situación se volvió complicada en casa, en el instituto e incluso en cada rato que ella pasaba sola. No podía evitar acordarse de él a diario, el silencio que dejó su ausencia parecía hacerse cada vez más grande y pesado. Aunque Marta intentaba acostumbrarse, sentía que algo invisible la acompañaba constantemente: una mezcla de tristeza, nostalgia y amor.



Hasta que un día, su madre decidió hablar con ella, ya que su actitud le preocupaba mucho.

En esta conversación, Marta le preguntaba:

¿Se acordará de mí, mamá?

A lo que su madre respondió:

¡Pues claro!  
El abuelo está viéndote desde el cielo. Él no quería verte sufrir, a él le encantaría verte disfrutando y haciendo todos los planes que prometisteis hacer algún día.



Aquellas palabras no borraron el dolor de Marta, pero sembraron en ella una pequeña duda:

¿Y si realmente no estaba tan sola como ella creía?

Al día siguiente decidieron salir a pasear las dos juntas por el monte, ya que hacía muy buen día.



Hicieron un picnic y hablaron durante horas del mismo tema.

Cuando terminaron de comer, se tumbaron mirando las bandadas de pájaros que volaban por encima de ellas, cuando de repente, observaron una nube gigante que brillaba, destacando sobre las demás.



Era ilógico, dado que llevaba toda la semana lloviendo con tormenta. Sin embargo, aquella nube no era gris ni oscura, sino que brillaba con un tono amarillo cálido.

Marta sintió algo raro en el pecho, como si alguien la estuviera observando con cariño.

Con el paso de los días, Marta empezó a notar algo mágico: la nube volvía a aparecer cada vez que pensaba en su abuelo.

Cuando estaba triste, la nube se volvía gris y llovía suavemente.



Cuando recordaba momentos felices, la nube brillaba en tonos amarillos y azules.



Poco a poco, Marta comprendió que la nube cambiaba según sus emociones, como si alguien invisible la acompañara siempre y

la entendiera cuando ni ella misma lo conseguía hacer.

No podía olerla, tocarla, ni mucho menos oírla hablar, pero sentía su presencia.

Desde entonces, Marta comenzó a hablarle, la nube respondía con un leve cambio de luz, como si la escuchara.

En el fondo, Marta creyó que era su abuelo cuidándola de otra forma.




Un día, mientras Marta miraba al cielo, se dio cuenta de que su abuelo no estaba simplemente allí arriba, sino también en los recuerdos, en las emociones y en todo aquello que no se ve, pero se siente.

Entendió que lo invisible también existe, y que el amor no desaparece con la muerte, sino que cambia de forma, y somos nosotros quienes deben ser capaces de darse cuenta. Además, comprendió que esa nube era una señal de su abuelo, quien le recordaba que, aunque no estuviera físicamente, la acompañaba en cada paso de su vida, transmitiéndole calma y fuerza.



Marta creció, pero la nube siguió apareciendo en los momentos más importantes de su vida. Aprendió que el amor verdadero no se pierde, solo se transforma.





"Que no podamos ver ciertas cosas,  
no significa que no existan.

El amor, los recuerdos y los vínculos  
que creamos permanecen,  
incluso cuando parecen invisibles."

